

vuestra gloria ó vuestro eterno oprobio." Los obispos se miraron sin replicarle, y sin atreverse á tomar una resolucion que los espusiese al riesgo de displacer á la terrible Fredegunda, que era el móvil de esta persecucion.

Tan solo el arzobispo de Tours, el virtuoso Gregorio fue el que apoyó lo que habia dicho el arcediano, y aun le escedió en su celo para animar el valor de los prelados. Pero habia entre ellos cortesanos viles, é infames delatores contra el generoso arzobispo. El Rey le envió á llamar al punto, y le dijo en tono irritado desde lo mas lejos que pudo hacerse oír: „obispo, vuestro santo carácter os obliga á hacer justicia á todos. ¿Por qué, pues, no me la hacéis á mí? Vos comprobais bien el proverbio de que el ave de rapiña nunca saca los ojos á su semejante. Gregorio contestó: Príncipe, si alguno de nosotros se aparta de la via de la justicia, teneis en la mano el poder para hacerle volver; pero si os desviais vos mismo, ¿quién os reducirá? Nosotros no tenemos mas poder que el de la palabra que vos escuchais si os place; pero si negais el oído á ella, ¿quién os condenará sino aquel que es la norma y el sostén de toda justicia?" El Rey insistió y llegó á amenazarle; pero el obispo lo recibió todo como santo, é hizo por su parte tan terribles amenazas de los juicios de Dios, que Chilperico, que no era malo sino por un impulso extraño, volvió á sus propios sentimientos, y procurando aplacar al Santo le prodigó mil alhagos. Por fin, Gregorio le redujo hasta prometer con juramen-

to que no quitaría la libertad al concilio, ni exigiria cosa alguna contra los cánones.

Mas Fredegunda no habia ratificado estas promesas. Por la noche envió un confidente á Gregorio para ofrecerle doscientas libras si dejaba condenar á Pretestato, afirmándole que tenia el voto de los demás obispos. „No seguiré el juicio de los demás, contestó, sino en cuanto sea conforme á los cánones; y aun cuando me diereis por millares las piezas de oro y plata, no mudaré de parecer."

Tambien asistió el Rey á la segunda sesion del concilio con la esperanza de convencer á Pretestato, por lo menos en algunos de los capítulos de acusacion; mas este mismo Príncipe quedó convencido ó mas bien confundido. Conozco, dijo á algunos confidentes, que el acusado dice verdad; ¿mas qué haré yo para dar gusto á la Reina? Despues de suspenderse algunos momentos, añadió: marchad, y decid á Pretestato, como que sale de vosotros mismos, que soy bueno y perdono con facilidad; y que si se humilla en mi presencia confesando lo que se le atribuye, seguramente obtendrá perdon. Esto mismo fue inmediatamente dicho á Pretestato, el cual temiendo mas que nunca á la formidable Fredegunda, cayó ciegamente en el lazo. Habiéndose reunido los obispos la mañana siguiente y estando presente el Rey, se postró en tierra Pretestato confesando todo lo que se le achacaba. Entonces el Rey con la mas infame superchería se arrojó tambien á los pies de los obispos, pidiéndoles justicia. *Sea depuesto rasgándole su túnica*, dijo, y

sea anatematizado recitando sobre su cabeza las maldiciones del salmo ciento y ocho, ó á lo menos fulmínesele una sentencia de excomunion perpetua. Gregorio, sin temer que recayese sobre su propia cabeza todo el fuego de la tempestad, hizo las mas vivas oposiciones, y reclamó con elocuencia la promesa que el Rey acababa de hacerle de no pedir nada contrario á los cánones. No se escuchó cosa alguna, y Pretestato fue arrancado de su silla y puesto en una estrecha prision.

18. Habia resistido el arzobispo de Tours á una muger sobrado enemiga de que la contradijesen, y era temible que buscase alguna ocasion de perderle á él mismo. Leudaste, conde de Tours, declarado desde mucho antes contra su obispo, se ofreció á ser su acusador; mas todo este enredo estaba mal fundado y peor urdido: la calumnia de querer entregar la ciudad al Rey Childeberto, destituida de prueba y aun de verosimilitud, se desvaneció por sí misma. El calumniador no queriendo que se le desmintiese, escogió otro capítulo de acusacion aun mas absurdo que el primero; pues aseguró que Gregorio infamaba á la Reina, imputándola un trato deshonesto con un obispo: procedimiento desatinado, que ultrajaba la propia magestad de las personas augustas, á cuya venganza queria satisfacer. Irritóse de tal suerte el Rey, que en el primer ímpetu mandó azotar y encarcelar á Leudaste. Dispuso poco despues convocar un concilio en Braine, á distancia de algunas leguas de Soissons, y mandó comparecer á Gregorio. Chil-

perico asistió en persona, y dijo á los obispos, que no podia disimular lo que ofendia tan claramente su honor; pero que no por esto intentaba violar el respeto debido á la dignidad episcopal (1): que aunque habia testigos contra el obispo de Tours, si los padres tenian por mas oportuno referirse á la conciencia del prelado, convenia en ello. Reducíase todo el peso de estos testigos al de un subdiácono de Tours, á quien el conde habia dado esperanzas del obispado. Dijeron al Rey los padres del concilio, que no se debia creer á un inferior contra su prelado; y se convinieron en que Gregorio, despues de celebrar misa en tres altares, se justificaria con juramento. Tomóse este partido como el único y propio para dar al Rey alguna satisfaccion, y el obispo de Tours cumplió lo que se acababa de proponer. El conde Leudaste que habia hallado medio de evadirse, fue entonces excomulgado por todas las iglesias, como calumniador y promotor del escándalo: despues de lo cual se remitió la decision á los obispos que no concurrieron al concilio.

19. No estaba satisfecha Fredegunda; pero cuando la ocasion no la era favorable, sabia esperar otra mas propicia. Vióse entretanto acometida de cuidados mucho mas serios. Principió á descargar sobre ella el brazo del Señor, y en el espacio de pocos meses murieron sus tres hijos de contagio. Ella creyó ó afectó creer, que Clodoveo su primer hermano de otro matrimonio les habia dado veneno, y con este pretesto

(1) *Gregor. Turon. lib. 5. hist. cap. 30.*

fue al punto asesinado , mas ella no encontró consuelo en la multiplicacion de sus crímenes. Entrando entonces algun tanto en sí misma , dijo á su marido: hasta ahora Dios nos ha dejado sin castigo aunque somos tan malos; pero ved aquí que ya nos hiere por la parte mas sensible , arrebatándonos nuestros hijos. Tenemos ya de aplacar su cólera , y reparamos en limosnas los tesoros amontonados con nuestra dureza é insensibilidad. Chilperíco , que con otra muger hubiera podido ser bueno , disminuyó los impuestos , é hizo cuantiosas limosnas. La Reina tuvo el consuelo de parir un Príncipe que reinó despues sobre todos los franceses , con el nombre de Clotario II. Su nacimiento , borrando la memoria de las anteriores calamidades , restableció la alegría y la licencia que continuaron hasta la muerte de Chilperíco. Por último este Rey murió cerca de Chelles , volviendo de caza , sin que se pudiese saber quien fue su asesino. La viuda sin esperar mas acusacion que la de su conciencia , se refugió á la iglesia de París.

20. Habia pasado al Rey Gontrano la principal autoridad sobre los franceses , que desde luego se apoderó de la ciudad de París; pretendiendo que con haber entrado sus hermanos muchas veces contra su juramento , habian perdido para sí y para sus hijos el derecho que tenian á ella. Se hizo un mérito Fredegunda conviniendo en esto , le mostró una confianza ilimitada , único recurso que la quedaba , y le presentó el niño Clotario que no tenia mas que cuatro meses. Hizole reconocer Gontrano por Rey de Sois-

sons y de todas las provincias que su padre Chilperíco habia poseido.

21. Este Rey de Borgoña , como se ve por este solo rasgo , era bueno , lleno de franqueza , inclinado á perdonar y sinceramente piadoso (1). Distinguióse todo su reinado por un gran celo de la propagacion de la Religion , por una liberalidad prodigiosa con las iglesias y los pobres , y en una palabra , por tantas virtudes que le han hecho poner en el número de los Santos. Hállanse no obstante algunas manchas bastante graves en el curso de su vida , como en la de los mejores Príncipes de aquellos reinados. Cuentan , que hizo quitar la vida á pedradas á uno de sus camareros , por haber muerto un búfalo en el bosque de Voges. Habiéndole dicho la Reina Austrigilda su muger al tiempo de espirar , que sus médicos la habian muerto , tuvo la debilidad de prometerla que los haria perecer , y la crueldad de cumplirlo. No cabe duda que espíó sus culpas con un arrepentimiento sincero , y con la multitud de sus buenas obras. Hasta en sus convites mostraba su respeto á la Religion , convidando muchas veces á los obispos , á quienes hacia sentar en el lugar mas honroso , y en vez de cantares agradables se cantaba un responsorio , ó algun otro cántico del oficio divino.

Tenian los santos prelados mucho poder sobre el espíritu de Gontrano. Habiendo mediado sin embargo San Gregorio de Tours para que volviese á su gracia el conde de Burdeos y otro señor , culpables am-

(1) *Gregor. Turon. hist. lib. 6. et 7.*

bos de un crimen de estado, fingió el Rey que no le oía, y no le contestó. El caritativo mediador mudando entonces su súplica en apólogo: dignaos oirme, Señor, dijo al Rey, mi Soberano me manda como diputado á vos. ¿Qué le diré, pues vos no me dais respuesta alguna? ¿Y quién es vuestro Soberano, contestó admirado el Rey? Es San Martín, replicó Gregorio sonriéndose. Ordenó el Rey que entrasen Garacairo y Bladasto (estos eran los nombres de los dos señores), y despues de algunas reprensiones los recibió en su gracia.

22. Movidó de un celo sin límites por el bien de la Iglesia y por la disciplina, convocó distintos concilios, entre los que es célebre el segundo de Macón, tenido en 585, al que asistieron cuarenta y tres obispos y quince diputados de los ausentes. Determinaron en él veinte cánones, de los que el quinto manda con pena de excomunion el pagar los diezmos á los ministros de la Religion conforme á la ley de Dios, y á la costumbre inmemorial de las iglesias. Encarga el quince á los legos respetar á los clérigos mayores, esto es, á los que están ordenados *in sacris*; y dice en términos espresos, que cuando se encuentren, si ambos van á caballo, el lego se quitará su sombrero; y si el clérigo va á pie, el lego se apeará para saludarle. Prohibe á las viudas, aun á las de los clérigos menores, el casarse segunda vez, y á los clérigos el asistir á las sentencias de muerte y á su egecucion. El Rey confirmó por un edicto los cánones de este concilio.

23. Celebraron en Auxerre otra asamblea algun tiempo despues, que aunque particular de esta diócesis es digna de notarse. En ella determinaron que no se celebrasen dos misas al día en un mismo altar, y en particular que no la celebrase el presbítero despues del obispo, y que las mugeres no recibiesen la Eucaristía en la mano desnuda, sino sobre un lienzo llamado dominical: costumbre que la Iglesia tuvo causas robustas para suprimir. Este sínodo, cuyos estatutos parecen la exacta egecucion de los de Macón, prohíbe sin embargo á las viudas de los clérigos mayores las segundas nupcias, que igualmente prohibian los padres de Macón á todos los clérigos sin escepcion alguna. Tenia cada iglesia sus costumbres propias, que se conservaban cuando no degeneraban en abusos. Prohibe este sínodo tambien á los clérigos cantar y danzar en un convite, y á los monges y á los abades el ser padrinos en los bautismos.

24. Muerto el Rey Chilperico, la ciudad de Ruan restableció á su obispo Pretestato; quien visitó al Rey Gontrano en París, y le pidió que hiciese reeer su causa. Fredegunda usando de un tono eclesiástico, defendió que no se debía volver á examinar un negocio decidido por cuarenta y cinco obispos. Mas los tiempos habian mudado mucho: los prelados tímidos tornaron al partido de la virtud que era mas seguro. Y para que no apareciese contradiccion alguna, el obispo de París dijo en nombre de todos los demás, que no se habia depuesto á Pretestato, sino sometídole simplemente á una penitencia. Fue, pues, res-

tablecido con gran contento y gozo de su pueblo; y Melanio que habia ocupado su lugar, viéndose espelido con oprobio, se retiró y se acogió á Fredegunda.

25. Concibió esta un despecho cruel; mas disimuló por espacio de dos años, al cabo de los cuales transferida á Ruan, mandó dar de puñaladas á Pretestato por mano de uno de sus esclavos, en la iglesia misma á donde habia acudido muy temprano para celebrar el oficio divino (1). Pidió á gritos socorro, se apoyó sobre el altar, y le inundó con su sangre encomendándose al Señor. Lleváronle á su habitacion, y le pusieron en su lecho. La pérfida Fredegunda vino al momento á visitarle, mostrando indignarse mas que nadie con esta muerte impía, y pidiendo con imprecaciones que se le descubriese el autor. Mas no se engañó el santo obispo. „¿De dónde habia de venir este golpe, exclamó con un tono que parecia inspirado, sino del brazo que ha derramado tanta sangre inocente, sin perdonar la de nuestros Reyes? Fredegunda sin inmutarse, le ofreció sus médicos. Dios quiere librarme de este mundo, respondió Pretestato; pero tiembla, furia sacrílega, que él vengará con mas rigor la sangre de su ministro.” Los señores que se hallaban presentes, demostraban su horror con un sor-do murmullo; y uno de ellos se enardeció de tal suerte que dijo á la Reina como amenazándola, que se practicarían las mas rigurosas pesquisas. Fredegunda le escuchó pacíficamente, y le dijo que tenia razon, fingiendo no comprender que se hablaba de ella.

(1) *Gregor. Turon. lib. 8. hist. cap. 31.*

Pero no tardó en tener ocasion para hacer envenenar al generoso enemigo de sus crímenes.

Prendieron por último al esclavo que habia asesinado al santo obispo, y declaró que por cometer esta muerte sacrílega, habia recibido cien sueldos de oro de la Reina Fredegunda, cincuenta del obispo Melanio y otros tantos del arcediano de Ruan, y que le habian ofrecido ponerle en libertad á él y á su muger. Sufrió el último suplicio el asesino; pero Fredegunda sagáz sobre todo en sacar utilidad del crimen, hizo restablecer á Melanio sobre la silla de Ruan. Se venera á Pretestato como á un Santo mártir.

26. Antes de haber impuesto el castigo al asesino, el obispo de Bayeux, como primer sufragáneo de la provincia, consultó á los obispos de Francia; y con su dictámen mandó cerrar las puertas de Ruan hasta que se descubriese el matador, é impidió al pueblo el asistir al oficio divino (1). Este es un egeemplo de los entredichos eclesiásticos, al que podríamos agregar un gran número de otros de aquellos tiempos antiguos. Habiendo profanado la iglesia de San Dionisio algunos años antes una grande efusion de sangre, se suspendieron en ella los oficios sagrados, y los culpables fueron escomulgados hasta que diesen satisfaccion. Leon, obispo de Agde bajo el dominio de los godos, para obligar á un señor de esta nacion á restituir unos bienes eclesiásticos que habia usurpado, corrió á la iglesia de San Andres, donde pasó la noche en oracion, y á la mañana destruyó las lámpa-

(1) *Id. ibid. cap. 33.*

ras pendientes de la bóveda, diciendo: *no lucirá aquí la luz, mientras no se restituyan los bienes de la casa de Dios.*

27. Sucedieron todas estas cosas hácia el tiempo del pontificado de Pelagio II, que el 30 de Noviembre habia sucedido al Papa Benedicto, muerto en el 30 de Julio de este año de 578. Fue consagrado Pelagio sin esperar el consentimiento del Emperador; porque los lombardos habian sitiado á Roma.

28. Lloraba toda la Italia bajo de su opresion: y estos bárbaros en parte paganos, llevaban el odio de la fe hasta derramar la sangre. No faltaron algunos que quisieron violentar á cuarenta paisanos que habian preso, á comer las carnes consagradas á los ídolos; pero estos fieles y generosos cristianos se dejaron degollar hasta el último. Hicieron los idólatras morir á otros prisioneros en igual número, porque no querian adorar una cabeza de cabra. Arruinaron por el mismo tiempo el monasterio del monte Casino, como lo habia profetizado San Benito; pero segun la misma profecía, no causaron daño alguno á los monjes que huyeron todos y se retiraron á Roma, donde Pelagio les permitió edificar un monasterio cerca del palacio de Letran.

29. Los Reyes visigodos en España no trataban mejor la verdadera Religion (*). Concibió despues de

(*) Atanagildo, que segun dijimos en las notas al libro anterior, quedó Rey de toda la monarquía gótica por muerte de Ágila, gobernó quince años y seis meses. Cuasi todo el tiempo de su reinado fue una guerra continua contra los romanos, á

algunos años Leovigildo, que al principio de su reinado habia parecido bastante moderado, un despecho furioso por lo que hubiera debido servirle de un medio poderoso de salvacion, esto es, por la conversion de su hijo Hermenegildo. Habíase casado este jóven Príncipe con Ingunda, Princesa de la sangre de Francia, hija de Sigeberto y Brunequilda, y católica muy fervorosa. Habia pasado su fe por las mas duras pruebas de parte de la misma Reina Gosvinda su suegra y al mismo tiempo su abuela por parte de la Reina Brunequilda, á quien tuvo de su primer ma-

quienes llamara en su auxilio al principio de su rebelion. Aporados estos de una parte no pequeña de España, hácia el mediodía, inquietaron mucho á Atanagildo; y aunque este los venció en diversas campañas, nunca pudo arrojarlos enteramente de la Península. D. Lucas de Tuy dice de Atanagildo, que fue católico en su corazon, bien que por temor de sus godos arrianos siguió en público su secta. Sea de esto lo que fuere, porque no hay pruebas convincentes de una ni de otra parte, lo cierto es que nunca persiguió este Rey á los católicos, antes por el contrario les favoreció en diferentes ocasiones. Murió por último en Toledo de su enfermedad, el año 567.

Siguióse una vacante de cinco meses (y no de cinco años como dice el de Tuy); y la causa fue que los principales godos, divididos en bandos y pasiones, no podian convenirse en la eleccion de Soberano. Pusieron por fin los ojos en Liuva, hombre muy poderoso y de grande esperiencia en el gobierno, pues habia tenido hasta entonces el de toda la Galia gótica, y fue proclamado Rey en Narbona, durante todavía el mismo año 567, segundo del Emperador Justino el jóven. En el año segundo de su reinado tomó Liuva por compañero á su hermano Leovigildo, señalándole toda la España, y quedándose él en la Galia. De este modo subió Leovigildo al trono de los godos, cuyos hechos y reinado describiremos en su lugar.

trimonio con el Rey Atanagildo. Pero Gosvinda, ahogando todos los sentimientos de la naturaleza, y escuchando solo á su pasión por el arrianismo, la habia hecho sufrir de su propia mano los mas indignos tratamientos. Ansiando un dia obligarla á rebautizarse al modo de los arrianos, y resistiéndose la Princesa á las caricias y á las lisonjas, se apoderó tal furor de la implacable arriana, que asió á su nieta por los cabellos, la arrojó en tierra, la golpeó largo tiempo con pies y manos; y al fin bañada en sangre y cubierta de heridas, la mandó meter en un estanque de agua, como para bautizarla contra su voluntad (1).

30. No sirvió todo esto mas que para aumentar el fervor de Ingunda; que siguiendo un método muy diferente con Hermenegildo su esposo, consiguió con la persuasión, con los atractivos de su dulzura y con sus buenos ejemplos que se convirtiese despues de una larga resistencia (2). Cuando esta noticia llegó á los oidos de su padre, principió á perseguirle con mucha violencia y artificio (*). Observando que la pri-

(1) *Gregor. Turon. lib. 5 hist. cap. 39.* (2) *Gregor. M. lib. 3. Dialog. cap. 35.*

(*) Siguiendo Berault el plan de su historia, y no queriendo esceder los límites que se habia prescrito, refiere con su acostumbrada rapidéz la persecucion de Leovigildo, conversion y martirio de San Hermenegildo, y reduccion total de los godos á la fe católica. Mas estos hechos interesan demasiado á nuestra España, para que dejemos á nuestros lectores con una noticia tan sucinta. Daremos, pues, al fin de este tomo un apéndice, en el que se verán aquellos tres capítulos con toda la estension que de suyo requieren, y se aclararán tambien algunas equivocaciones de nuestro historiador.

sion, los destierros y los suplicios no servian mas que para hacer mártires ó confesores, mudó de método, y aparentó aproximarse á la Religion católica para seducir á los simples. Convocó un concilio de sus prelados hereges, hizo disponer no solo que no se rebautizaria á los que abandonasen la religion romana, sino que se cantase en lo sucesivo: *Gloria al Padre, por el Hijo, en el Espiritu Santo*. Esta falsa semejanza con la confesion de los ortodoxos, engañó y pervertió á muchos.

Muy lejos estuvo de caer en este lazo el Príncipe Hermenegildo; pero el ardor de un celo reciente, y todavía poco ilustrado, le precipitó en otro esceso. No pensó que la ley divina le prohibiese sublevarse contra un herege, aunque él era su hijo y su súbdito; y no habiendo podido aun aprender la verdad de los pastores ortodoxos que estaban muy firmes en esta máxima, como lo declara con este motivo Gregorio Turonense, quiso proporcionarse auxilios del Emperador, y contrajo amistad con el gobernador de las pocas posesiones que quedaban al imperio en la grande Hesperia. El Rey Leovigildo corrompió á este oficial griego á costa de una suma de treinta mil sueldos de oro; y corriendo con precipitacion contra su hijo, le puso en la necesidad de refugiarse en una iglesia donde penetró él mismo, y levantando al Príncipe que se habia arrojado á sus pies, le estrechó con ternura contra su seno, y le aseguró que no le impondria castigo alguno. Hizo no obstante señal á sus tropas para que le condujesen á Valencia, despues de